

# La página viva

## Los tontos de San Felipe Torres Mochas

José de la Colina

*En la noche, en la casa de Trini, veo asomarse un rostro extraño chafado sobre el cristal de la puerta. Observo la mirada perdida, estúpida, de ese desdichado que se ríe. Y Trini, que al parecer lleva la estadística de los tipos raros de San Felipe me informa: “Es Lupe, un tonto de aquí”.*

*Viendo a Lupe me acuerdo de Carmen, el tonto oficial de San Felipe Torres Mochas. Lupe debe ser el tonto suplente.*

*Nadie me da razón de Carmen, aquel pobre diablo que recorría las callejuelas del pueblo con un trotecillo quebrado y gracioso, al son de una melodía que hacía golpeándose frenéticamente la boca con la mano. ¿Qué habrá sido de él?*

*¡Pobre Carmen! Vestido de blanco sucio, sin edad, sin derecho al descanso. Corre que corre, que así era su estúpido destino. Pegando un saltito aquí, soltando una risotada allá, buscando inútilmente un desperdicio, al anochecer, por el cochambroso barrio de Los Tepetates, como un perro huido, un perro maldito, que pasa de refilón por el pueblo y se pierde por las remotas escombreras.*

*¿Pero es posible que nadie sepa qué fue de Carmen? Por lo visto, no. Todo lo que se sabe de él es que un día antes de su desaparición se le veía borracho, dando tropezones por ahí, contra las esquinas del aire. En la cantina, manos canallas le echaban de beber y reían de la gracia bestial cometida contra el desgraciado Carmen. ¡Qué impiedad, Señor! Es igual que rociar de gasolina el rabo de un perro callejero y prenderle fuego para que corra aullando, desesperado. Es igual, miserables.*

*A Carmen se lo ha absorbido el aire, nadie sabe ya de él, y Lupe ascenderá automáticamente a tonto oficial del pueblo.*

Simón Otaola, *Los tordos en el pirul*, Colección Aquelarre, México, 1953



Otaola en una caricatura de López Cortés

\*\*\*

Simón Otaola (San Sebastián, España, 1907-México D.F., 1980), autor de varios libros (*La librería de Arana*, *El cortejo*, *Tiempo de recordar*, etcétera) en los que narró el exilio republicano español en México, del cual formaba parte, escribió además *Los tordos en el pirul*, crónica sentimental y humorística de San Felipe Torres Mochas que tiene de epígrafe una famosa anotación del *Diario* de Jules Renard: “Mi pueblo es el centro del mundo porque el centro del mundo está en todas partes”. Así hacía suyo, mediante la escritura, un pueblo del Estado de Guanajuato en que vivió los primeros años de transterrado y al que retornó años después para reencontrar recuerdos y amigos y una situación desoladora motivada por una larga sequía: “San Felipe hace más de un siglo tenía aproximadamente dieciséis mil habitantes; ahora, en la amarga actualidad que estamos viviendo, sólo tiene cinco mil”.

En el libro, Otaola busca la sonrisa que, pese a todo, tiene ese pueblo con los labios

“secos y llagados por la sed”. La crónica, comenzada a partir del reencuentro de “El Pirata”, un “bolero” vagabundo, autor de unas picarescas aunque inocentes “Memorias de mi vida”, continúa con el relato del retorno del autor a San Felipe. Con prosa exaltada y/o sonriente el cronista traza paisajes, gente y anécdotas: desde los personajes de infortunio o de sangre, con sus correspondientes ráfagas de corridos, a sus tertulias de cantina, sus afamados locos y tontos, su iglesia llena de pictóricos e inotográficos “exvotos”, su pomposo “príncipe de la oratoria local”, su casa embrujada, su fantasmal callejón con los ayes de los “tapados de la tuna”, sus asesinos célebres de ojos inquietantes (como el atroz y espléndidamente apodado “El Fogonazo”), su “gótica” casona de la Hacienda de Jaral de Berrio, sus momentos de escándalo (como el de los asnos que copulan a plena luz y en plena calle a la hora de salir de misa las beatas), y, siempre presentes, los tipos que más atraían al autor: los que se enfrentan a la vida con un gesto, una frase, un esguince. Pero están también los “incapacitados” del pueblo, por ejemplo: los sucesivos “tontos oficiales” a quienes Otaola dedica páginas en que su arte de narrar, y de retratar a la vez, logra una vibración de vida.

El libro, de 1953, tuvo una segunda edición de la Editorial Andorra (1972), pero ahora, ya inencontrable, merece al menos una tercera edición.

Me decía don Luis González y González, el admirable autor del portentoso *Pueblo en vilo*, que *Los tordos en el pirul* le gustaba como una pieza de *microhistoria* a la manera renardiana, es decir, viva por su sonriente estilo. **U**